

Libros españoles antiguos en bibliotecas italianas: el caso de la Biblioteca Universitaria de Pavia
Giuseppe Mazzocchi, Università degli Studi di Pavia

A pesar de su antigüedad (la fundación oficial de la universidad se remonta a 1361), la Universidad de Pavia no dispuso de su propia biblioteca hasta mediados del siglo XVIII. Fue en 1754 cuando, en un momento de gran auge para la institución responsable de la formación de las élites lombardas, se dictaminó también la constitución de una biblioteca universitaria pensada para las exigencias de profesores y estudiantes; por esta característica, la Biblioteca Universitaria se definió desde el principio como una biblioteca de investigación, frente a la milanesa de Brera (Braidense), la más importante biblioteca que concibieron los austriacos en Lombardía, que se caracterizó en cambio como biblioteca tradicional y de conservación.¹ Ubicada desde 1778 en el interior del amplio recinto de la Universidad, que por iniciativa de las autoridades austriacas iba cambiando de aspecto al abandonar las formas renacentistas y barrocas en pro de las neoclásicas (según proyecto de Piermarini -el mismo arquitecto de la Scala de Milán y responsable de la reforma radical del edificio de Brera- y de su discípulo Pollack), la biblioteca exhibió entonces su monumental salón de lectura, pudo contar con un director, y sus fondos se enriquecieron rápidamente gracias a los donativos procedentes de la Biblioteca Imperial de Viena, y al encauzamiento de las bibliotecas de las entidades religiosas; este último hecho fue determinado por la legislación anticlerical del emperador José II, hijo de la nunca olvidada María Teresa de Austria, y a finales de siglo por la normativa de la República Cisalpina. El agradecimiento por el impulso que desde Viena recibió la universidad, que en unas áreas (la medicina y las ciencias naturales en particular) llegó a convertirse en el siglo XVIII en uno de los centros punteros de la enseñanza superior europea, queda manifiesto en la orgullosa exhibición de los retratos de la emperatriz y del emperador (espléndidas obras de Hubert Maurer) en el aula “Foscolo”, joya del neoclásico lombardo, así llamada porque el poeta que anticipó los anhelos de la independencia italiana dictó allí sus famosas clases magistrales de poética. No estará de más recordar que, ya cruzado el ecuador del siglo XX y en pleno régimen democristiano, la visita de un ministro de educación a la universidad produjo la retirada de ambos retratos, cuya presencia el influyente personaje consideraba indigna de un aula dedicada a un patriota como el poeta de los *Sepolcri* y las *Grazie*. Hubo que esperar un providencial cambio de gabinete para que ambos retratos, guardados mientras tanto con el máximo respeto en los locales del Departamento de Germánicas, pudiesen volver a su sitio. La decisión romana había sido injusta, y no solo por lo que la cultura lombarda le debía a la dominación austriaca, sino por lo respetuosa que esta había sido con las tradiciones culturales locales en la universidad y fuera de ella. El italiano era la lengua de la enseñanza y la cultura, y a esto se tenían que adaptar también los profesores procedentes de otros lugares del imperio, de igual modo que la “italianidad” de la biblioteca queda patente también por sus fondos. De la magnífica colección de obras impresas del siglo XVIII solo una parte muy reducida está en alemán (es el francés, como es natural, la lengua extranjera dominante), y lo italiano es prevalente.

Por otra parte, y ciñéndome ya al tema de esta comunicación, relativa a la presencia de libros españoles antiguos (siglos XVI y XVII) entre el patrimonio de la Universitaria, tengo que decir que detectarlos y catalogarlos surgió de la curiosidad mía y de otro compañero, Paolo Pintacuda, curiosidad que alimentaba múltiples preguntas. En la larga época de la dominación española (1535-1706) sobre la región, o mejor dicho sobre lo que se denominaba Milanesado, y seguía correspondiendo *grosso modo* al territorio del antiguo ducado, ¿en qué medida y de qué forma el libro impreso contribuyó a españolizar la vida cultural? Y, dicho esto, ¿de qué forma el ilustrado y antiespañol siglo XVIII había preservado este legado en una institución tan suya como una biblioteca universitaria? Se trataba pues, en primer lugar, de definir (mediante una catalogación sistemática) la consistencia del patrimonio de interés iberístico de la biblioteca, cuyo fondo antiguo (una parte importante de su patrimonio total, que asciende hoy a unos 500.000 volúmenes) era

¹ Como introducción a la historia de la Biblioteca *vid. Il bicentenario della Biblioteca Universitaria di Pavia. Notizie storiche* (Pavia: Aurora, 1979); ‘Pavia. Biblioteca Universitaria’. en *Le biblioteche d’Italia. Le biblioteche pubbliche statali*, 3. ed. (Roma: Ministero per i Beni Culturali e Ambientali, 1996), pp. 155-160.

asequible (y en parte todavía lo es, a pesar de los avances heroicos que se han hecho) solo a través de un catálogo manual, no siempre de fiar. Esto, ya de por sí, en las intenciones mías y de Pintacuda permitiría poner en valor el patrimonio existente, favoreciendo su plena y amplia fruición por parte de la comunidad de hispanistas italianos y extranjeros. Pero se trataba también de interpretar el valor histórico del conjunto documental, recuperando en la medida de lo posible el significado de la presencia de cada documento (le doy al término su significado bibliológico)² en nuestra biblioteca. Los dos objetivos convergían e interactuaban a la hora de definir los criterios de catalogación y de selección previa del material. Para el primer aspecto, contábamos con una tradición que se había asentado en Italia a partir de la década de los sesenta para la recuperación del patrimonio bibliográfico antiguo de interés ibérico. Convencidos de lo complejo que resulta reconstruir las múltiples formas en que el libro impreso se hizo historia, e hizo historia, decidimos seguir el ejemplo de algunos de aquellos que nos habían precedido en otras realidades del país,³ incluyendo en nuestro catálogo todos los libros que se habían impreso en España, Portugal y sus colonias en los siglos XVI y XVII; todos los libros impresos en español, portugués y catalán prescindiendo del lugar de impresión; todos los libros cuyo autor fuese súbdito español o portugués, prescindiendo de la lengua y el lugar de publicación; y, finalmente, todos los libros relativos a las culturas ibéricas en todos sus aspectos, prescindiendo de lengua, autor y lugar de publicación. Dicho criterio, discutible, bien mirado permite atrapar realidades muy dispares. En primer lugar, el fenómeno de las traducciones, vehículo fundamental de circulación de los textos de autores hispánicos en Italia: los lamentos sobre la hispanización de la cultura italiana a lo largo de los siglos XVI y XVII, tan propios de la mentalidad *risorgimentale*, no tienen en cuenta, como sí deberían, la evidencia: si se traduce, de entrada no hay bilingüismo.⁴ El criterio adoptado ofrece elementos para reflexionar sobre la circulación del libro impreso desde España para Italia (fenómeno que se dio, a pesar de que no lo facilitara la frágil red editorial española), y sobre la elección, por parte de los autores españoles, de centros de producción extranjeros para garantizar la difusión de sus obras (un ejemplo, para aclarar el concepto: las ediciones jesuíticas lionesas). Finalmente, resalta el interés que la realidad de la potencia que ostentaba la supremacía en Europa suscitaba en todos los niveles (político, cultural, religioso, etc.). La extensión a Portugal, otro aspecto para que seguíamos la senda trillada, permite apreciar una homogeneidad ibérica que, en los dos siglos que nos interesan, y más allá de los sesenta años de monarquía dual (1580-1640), fue constante.⁵

Retomando el segundo aspecto al que aludía, el de la catalogación, fue evidente desde el principio que el catálogo, que aspiraba a ser un instrumento de trabajo para historiadores, y no un mero registro de ejemplares desconocidos de ediciones antiguas, tenía que presentar ciertas características. Si en términos catalográficos nos pareció que el modelo elaborado dentro del proyecto de censo de las ediciones italianas del siglo XVI EDIT16 era el adecuado,⁶ sobre todo por su agilidad, a la vez, y en contra del mismo, se nos impuso la exigencia de indicar en el cuerpo de la ficha el nombre del autor (o autores) con todos los títulos y cargos que ostentaba, un elemento muy útil para captar de inmediato su peso social, y reconstruir el ámbito en que se movió. Así mismo nos pareció esencial abundar en las notas sobre las peculiaridades de cada ejemplar, en particular recogiendo de forma sistemática las anotaciones o (en contados casos) los elementos de la encuadernación útiles para definir su procedencia y antiguos poseedores.

² Idea clave de los fundamentales *Lineamenti di bibliologia* de Lorenzo Baldacchini (Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1992).

³ Cf. Margherita Morreale, 'I repertori di fondi iberici nelle biblioteche italiane', *Rassegna liberistica*, 52 (1995), 29-56.

⁴ Giuseppe Mazzocchi, 'Lo spagnolo in Lombardia: assiomi sulla situazione linguistico-letteraria', en *Cultura e potere nel Rinascimento*, ed. de Luisa Secchi Tarugi (Firenze: Cesati, 1999), pp. 123-135.

⁵ Esto no impidió que se produjera un pequeño incidente con la embajada de Portugal en Italia, al titularse *Un'idea di Spagna: cinquecentine di interesse iberistico della Biblioteca Universitaria di Pavia* el catálogo de la exposición que organizamos en 1997 Valeria Tocco, Paolo Pintacuda y yo (Padua, Unipress, 1998). A las autoridades diplomáticas lusas les pareció impropio que bajo tal rótulo se expusieran también libros de autores portugueses; se olvidaba que también Camões en los *Lusiadas* indica como "Espanha" el lugar de procedencia de las carabelas.

⁶ Lorenzo Baldacchini, *Cinquecentina* (Roma: Associazione Italiana Biblioteche, 2003), pp. 45-53.

El trabajo, que por varias razones se demoró más de lo debido, consigna un conjunto de más de 400 ejemplares de ediciones del siglo XVI y casi 800 del siglo XVII. Este conjunto documental, donde por cierto no escasean los ejemplares de ediciones muy raras, tiene valor sobre todo como tal conjunto, y permite hacer una serie de reflexiones que de forma muy somera y concisa, intentaré presentar aquí.

En primer lugar, hay que poner en tela de juicio el concepto de “fondo” que en catálogos parecidos al nuestro, y relativos a otras bibliotecas italianas, se ha venido empleando. Aquí no estamos hablando de un fondo, sino de una parte del patrimonio de la biblioteca diseminado por sus secciones y de procedencia muy dispar, como ya las someras indicaciones sobre la historia de la institución apuntan. A los restos (llegados en momentos diversos) de bibliotecas conventuales, se agregaron, para entendernos, partes de bibliotecas privadas (como la del científico suizo Albrecht Haller, repartida entre Brera y la Universitaria (y en menor medida otras bibliotecas lombardas menores), una vez que el estado la compró a los herederos en 1777),⁷ y colecciones variadas de bibliófilos decimonónicos, cuyos intereses iberísticos eran por cierto meramente episódicos, como – entre otras- la muy importante de Corradi, médico y rector de la universidad de Pavía entre 1875-76 y 1877-78. Añádanse (como dato que no deja de tener relieve cultural) lo descatalogado de bibliotecas mayores, en particular de la Biblioteca Braidense, que a comienzos del siglo XX desperdigó entre diferentes bibliotecas lombardas varios miles de libros, sobre todo de tema religioso y del siglo XVII, que no se consideraban importantes. De esta forma, el prejuicio antibarroco decimonónico, el anticlericalismo de la masonería liberal y el modernismo religioso coincidían en desechar documentos históricos valiosísimos, según esboza perfectamente un especialista como el padre Pozzi, al presentar las dificultades bibliográficas con las que se encontraba a la hora de reconstruir una tradición devocional de difícil documentación: “È una letteratura di cui è difficile misurare l’estensione, mancandone una registrazione attendibile. Dove non siano passati la soppressione laicista o il rogo modernista degli uomini in talare, trattatoni e manualetti straripano dai palchetti delle vecchie biblioteche del clero”.⁸ Y se trata, por supuesto, de una actitud que llega hasta época muy reciente. Baste recordar que la magna exposición con la que la biblioteca de Brera ofreció un recorrido por su historia y sus colecciones, a partir del fondo del colegio jesuítico (que está en la base de la constitución de esta biblioteca como de muchas otras bibliotecas italianas) decidía no tocar los libros teológicos y literarios “in quanto presenza scontata”.⁹ Lo que de Brera cayó a Pavía está recogido en parte bajo la signatura M. N. (“Magazzino Nuovo”), junto con volúmenes antiguos de diferente procedencia, bajo el rótulo corriente entre los bibliotecarios de “fondo teológico”, deslinde temático un tanto limitado para unos libros que en muchas ocasiones tratan también de historia, filosofía y derecho; y en parte bajo otras signaturas. Por otra parte, también este traslado de Milán y el cuidado con que fue conservado el patrimonio, ha convertido la Universitaria de Pavía en una de las bibliotecas de la región que mejor documenta la teología tridentina y posttridentina. española y portuguesa, sobre todo después de los daños que los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial le causaron a la Biblioteca Ambrosiana de Milán, fundada por el Cardenal Federico Borromeo en 1607.

Sea como sea, hay que tener en cuenta que en ningún momento los bibliotecarios seleccionaron un criterio de afinidad, interés o proximidad a lo hispánico para ir ordenando una parte de los fondos que tenían encomendados. Hubo criterios, pero fueron otros.¹⁰ Quisiera aludir aquí, por ejemplo, al caso de los miles de tomos misceláneos donde impresos de escasa extensión

⁷ Maria Teresa Monti, ‘Il fondo Haller’, en *La Braidense; la cultura del libro e delle biblioteche nella società dell’immagine* (Firenze: Artificio, 1991), pp. 76-87; y de la misma autora “Il fondo librario «Albrecht von Haller» della Biblioteca Nazionale Braidense di Milano”, en *Scienza e letteratura nella cultura italiana del Settecento* (Bologna: il Mulino, 1984), pp. 575-590. Sobre la llegada a Pavía de esta biblioteca, así como sobre la adquisición de libros en la época de su fundación, la Biblioteca conserva varios documentos, en su archivo y en la recopilación Ticinesi 797.

⁸ Giovanni Pozzi, ‘Occhi bassi’, en *Alternatim* (Milano Adelphi, 1996), pp. 93-142 (p. 97).

⁹ *La Braidense* cit., p. 60.

¹⁰ También sobre este aspecto es fundamental Maria Cristina Selva, ‘La Biblioteca Universitaria di Pavia nella seconda metà del Settecento: acquisizioni e cataloghi’, *Bollettino della Società Pavese di Storia Patria*, 94 (1994), 195-228.

fueron encuadernados juntos. Se trata de una tipología de conservación muy interesante,¹¹ que hoy es lógico respetar como un dato histórico más: resulta sin duda superada la idea de devolverle a cada impreso su naturaleza de exento, condenando al cubo de la basura las encuadernaciones en cartón o pergamino del siglo XVII. Ahora bien, los principios que rigieron la formación de estos tomos facticios fueron en primer lugar el formato tipográfico (hay una colección miscelánea *in folio*, otra en 4º, etc., cada una con una numeración de los tomos independiente). En segundo lugar, dentro del formato, la tipología tipográfico-editorial (resultan significativamente próximos, por ejemplo, los tomos con piezas teatrales); y dentro de cada tomo la frecuente (aunque no sistemática) conexión más o menos próxima de impresos sobre el mismo acontecimiento o el mismo tema. Así por ejemplo, y haciendo referencia a las muy numerosas publicaciones recogidas en las misceláneas que tienen interés iberístico, y documentan a menudo lo más efímero de una presencia bisecular, se encuentran con frecuencia seguidas de las que tienen el mismo autor, o se refieren a este u otro acontecimiento, feliz o desgraciado, de la dinastía.

Esta clasificación es muy interesante, y revela unos criterios biblioteconómicos claros y sensatos, donde, como se ha dicho, la pertenencia al ámbito hispánico del documento es secundaria. Extrañaría por otra parte lo contrario en un contexto ya ajeno a una especial atención hacia la realidad ibérica –dicho sea con toda la prudencia del caso, y sin olvidar que el jesuita expulso Juan Andrés dirigió la Biblioteca Universitaria en el bienio 1799-1800.¹² Pero más aún extrañaría un criterio que fuese privilegiando el carácter nacional de determinada cultura cuando todavía no ha cobrado el relieve que cobrará en época romántica el concepto de “cultura nacional”, y prima una visión más bien universalista. En este sentido, como es obvio, un criterio de tipo temático, orientado al contenido disciplinar, va a ser el dominante. Esto, me parece importante subrayarlo, con un respeto de fondo por la cultura teóricamente lejana del siglo anterior, y una buena capacidad de discernir entre sus propuestas: conservar, como se conservó, implica conocer y jerarquizar.

Llegando ya al siglo XIX, por razones muy parecidas a las que en esta época impidieron en Italia que se formasen colecciones importantes de pintura clásica española como ocurrió por el contrario en Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, no se despertó entre nosotros un interés especial hacia el libro antiguo español o relacionado con España, a pesar de su abundante presencia en los depósitos libreros italianos y su papel en la historia cultural del país. Y fueron obstáculo a ello por un lado la escasa ramificación del hispanismo académico (aunque sí existieron grandes figuras dadas a la erudición hispano-italiana y por tanto atentas al libro impreso, desde la eminencia Croce a figuras más modestas pero muy serias como, para poner un ejemplo, Antonio Restori)¹³, y por la persistente ignorancia sobre los logros de la bibliología española en la que han permanecido los bibliotecarios italianos hasta hoy, siendo para ellos, en el terreno de la historia del libro, de las bibliotecas y de la lectura, mucho más impactante el modelo de las escuelas francesa, inglesa y en menor medida alemana, cada una con sus características. De hecho, no hay nada en Italia comparable con la biblioteca de la Hispanic Society (incluido lo peculiar de su historia) o como el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, y solo en muy contadas ocasiones se le ha prestado la misma atención profesional e institucional al libro español que en la British Library.¹⁴ Asimismo, lo normal, en las bibliotecas italianas con fondo antiguo importante, es la ausencia de núcleos iberísticos definidos. Una de las excepciones que se nos pueden ocurrir, la biblioteca Palatina de Parma, encuentra con toda probabilidad su razón de ser en lo tardías que son las colecciones (por otra parte pequeñas) que recogen una buena parte del patrimonio ibérico de la biblioteca,

¹¹ Son muy importantes las reflexiones de Lorenzo Baldacchini, “‘In uno corpore continentur’. Le miscellaneae. Per un approccio unitario ad un problema della biblioteconomia del libro antico”, *Bollettino AIB*, 45 (2005), 203- 210.

¹² Por cierto, suscitando el malhumor de unos catedráticos prestigiosos por su meticulosidad y escrúpulo: *vid.* Cesare Repossi, ‘I direttori’, en *Il bicentenario* cit., pp. 21-42 (p. 25).

¹³ Sirven de excelente orientación las actas *L’apporto italiano alla tradizione degli studi ispanici* (Roma: Instituto Cervantes, 1993).

¹⁴ Sobre este aspecto, fue muy importante el cotejo y el debate sobre experiencias distintas que tuvo lugar en la “I jornada profesional de la Red de Bibliotecas del Instituto Cervantes” (Alcalá de Henares, 13 de junio de 2008). No hubo actas.

coleciones que llegaron ya como tales a Parma en 1749 con don Felipe I de Parma (el hijo de Felipe V) y su mujer.¹⁵

Dicho esto, creo importante resaltar el perfil del conjunto de los libros de interés iberístico en la Universitaria, sin profundizar en detalles ni exaltar rarezas, opción que conlleva el riesgo de caer en la trampa de la reliquia o de la veneración por la joya de familia.

El primer dato importante, cotejando la situación de la Universitaria con la de otras bibliotecas lombardas para las que se han realizado ya o se están realizando catálogos (la Municipal Laudense de Lodi, la ya aludida Braidense, la Trivulziana de Milán etc.)¹⁶, y de las bibliotecas de otras áreas del país, es la existencia de un número considerable de obras de interés iberístico coincidentes, que vienen a definir el influjo que, en todas sus facetas, ejerció la cultura española en Italia, y representa a la vez la imagen, o mejor dicho, la idea de España que la Italia de los siglos XVI y XVII se iba formando. Se trata, por supuesto, de libros religiosos (donde cabría hacer una primera distinción entre el libro de espiritualidad y el teológico, siendo siempre fundamental en el caso del libro religioso el esfuerzo de individuar el destinatario de cada libro, normalmente más evidente que en otros tipos de producción editorial)¹⁷, pero también de historia, derecho y política, así como de viajes, y, cosa que podría extrañar, porque encaja poco con la imagen convencional de la cultura española que heredamos de la Ilustración, de ciencias, en particular de medicina y botánica. Los textos literarios no son particularmente abundantes, y menos en su original español. Lo cual se explica en primer lugar por la naturaleza de las bibliotecas que representan la base de las bibliotecas italianas de conservación (bibliotecas institucionales o comunitarias en su mayoría), así como por el hecho de que incluso la biblioteca privada o familiar tiende a no englobar como tal los libros de lectura más corriente, en especial los literarios: la jeraquización del libro no es, ni mucho menos, algo privativo de las bibliotecas públicas, semipúblicas o colectivas.¹⁸

Pero el dato sin duda más llamativo y sugerente es la existencia de un canon de presencias fijas que se van reiterando de biblioteca en biblioteca, sin diferencias apreciables (y me parece este el dato histórico más interesante) entre la Italia española (o sea el Milanesado y el Reino de Nápoles) y la Italia no directamente sometida a los Austrias. Nada deja apreciar una mayor españolización de la cultura en las áreas directamente controladas por España. Esto se explica tanto por razones de historia de la cultura (piénsese, por ejemplo, en el modelo dominante y universalista de los colegios jesuíticos, pero también en el carácter también tendencialmente universalista de las otras familias religiosas) como por razones más directamente vinculadas a la historia del libro. Milán y Nápoles, las dos capitales de la Italia española, coinciden en no representar un centro de producción tipográfica relevante; al contrario, llama la atención en este aspecto su perfil más bien local, por no decir localista. En todo caso, no son ciudades que como centros de la industria del libro se puedan comparar con Venecia, que domina todo el mercado editorial italiano, respondiendo a la demanda nacional de una forma uniforme, por no decir estandarizada.

Dicho canon, la Universitaria lo refleja perfectamente, con obras como los tratados médicos de Amatus Lusitanus, Francisco Vallés, Estevão Rodrigues de Castro; o los informes naturalistas del Padre Acosta, de Garcia de Orta, Cristóvão da Costa, Alonso de Herrera; o la lectura moral de la

¹⁵ Maria Paola Miazzi Chiari, 'Il fondo spagnolo della Biblioteca Palatina di Parma e in particolare la collezione CC* IV 28033', *Archivio storico per le province parmensi*, s. IV, 20 (1968), 261-272.

¹⁶ Para Lodi disponemos de la tesina inédita de Adriana Franchi, *Il fondo iberistico della Biblioteca Laudense: catalogo e studio introduttivo* (Università degli Studi di Pavia, anno accademico 2001-2002); para Brera de dos repertorios, cada a uno a su manera parciales: Laura Zumkeller, *Biblioteca Nazionale Braidense, Le edizioni del XVI secolo. III: Le edizioni spagnole e portoghesi* (Roma: Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1989) y Alessandro Bigliani, *Il fondo antico spagnolo della Biblioteca Braidense. Opere di argomento non religioso (1601-1650)* (Milano: LED, 2002); de la catalogación de los libros antiguos de interés iberístico de la Trivulziana se está ocupando Andrea Baldissera.

¹⁷ Giuseppe Mazzocchi, 'La difusión de la literatura religiosa española en Lombardía', *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, 24 (1995), 65-80.

¹⁸ Lo pude comprobar, por ejemplo, al estudiar las presencias españolas en la biblioteca del escritor genovés Anton Giulio Brignole Sale (1605-1662): Giuseppe Mazzocchi, 'Schede spagnole per Anton Giulio Brignole Sale', en *'Un hombre de bien'. Saggi di lingua e letterature iberiche in onore di Rinaldo Frolidi*, ed. de Patrizia Garelli, Giovanni Marchetti y Livia Brunori (Alessandria: Edizioni dell'Orso, 2004), II, pp. 143-158.

naturaleza que da en sus libros el jesuita Eusebio Nieremberg. Toda la teología tridentina, en sus varias ramas, está perfectamente representada, con, entre muchos otros, Melchor Cano y Domingo de Soto, Gaspar y Tomás Sánchez, Molina, Francisco Suárez...Igualmente nutridos resultan los sectores de la bíblica (con todos los comentarios importantes) y la hagiografía (presente tanto con publicaciones curiales del más alto nivel, como con textos más populares) y el derecho. Una amplia secuela de obras tratan y debaten sobre la historia de la España imperial: se trata de libros italianos (Assarino, Campana...), pero el padre Mariana es una presencia obligada, junto con los textos de referencia de la erudición barroca extrema, entre Nicolás Antonio y Caramuel. También es muy abundante (y con una variedad lingüística –italiano, latín, español- que se evidencia en todos los géneros, menos el derecho y la teología donde predomina el latín) el ámbito de las lecturas cultas pero no especializadas, entre la divulgación erudita (Pero Mexía), la reflexión moralista e histórica (Antonio de Guevara) y la lectura devota lingüística y estilísticamente controlada (fray Luis de Granada). Las presencias más significativas en ámbito literario (y sin considerar los autores de ámbito local) son Lope, Quevedo, Gracián, Cervantes, los tomos de comedias...¹⁹

Desde otro punto de vista, es también cierto que la Biblioteca Universitaria de Pavía, como las demás instituciones parecidas diseminadas por el territorio del país, documenta el reflejo que la realidad española tuvo en una dimensión local, indicándose con la expresión tanto la dimensión estatual del antiguo Ducado de Milán, como la municipal de un centro como Pavía. Para comprender este fenómeno cabe, en primer lugar, observar el aspecto lingüístico de dicha producción. Es un hecho que en la Italia española no abundaron las ediciones en español. Los datos que aportó en su día para Venecia Franco Meregalli²⁰ al respecto resultan llamativos, ya que muestran una abrumadora prevalencia de las obras de autor español traducidas frente a las ediciones en su lengua original, según el esquema siguiente:

Época	traducciones del español	obras en español
1501-1550	93	16
1551-1600	724	71
1601-1650	277	28
1651-1700	94	3

Por otra parte, a pesar de la dificultad de disponer de datos exhaustivos y fehacientes, todo nos lleva a imaginar, tanto para Milán como para Nápoles una producción en español reducida y técnicamente pobre.²¹ Quizás cierta tendencia más aparatosa del libro napolitano en español haya que explicarla con la presencia de una corte virreinal, una “agencia cultural”, según hoy la llamaríamos, de la cual Milán no dispone: aquí la que domina, manteniendo alta su cátedra incluso ante Roma, es la diócesis. Además, dentro de la producción editorial en español, dominan las obras ocasionales y ligadas al poder, a menudo de escasa extensión, u obras de promoción personal firmadas por españoles (militares, funcionarios, religiosos etc.) que la profesión había llevado de forma más o menos prolongada a Italia.²² Se trata de obras temáticamente dispares, donde figuran en primer lugar los tratados de arte militar o de política, los textos religiosos (pero de devoción privada o dedicados a las comunidades religiosas hispanófonas: por sabia decisión de los Borromeo, en Lombardía toda la pastoral se hace en toscano, desechada la posible elección localista del dialecto, y no conozco ningún sermonario en español impreso en nuestro territorio), y a

¹⁹ A lo largo de los años, tres exposiciones, instaladas, cómo no, en el Salone Teresiano de la Biblioteca, trataron de representar visualmente y para el gran público las vetas de la mina. Además de la exposición de 1996 a la cual alude la nota 5, hubo dos más sobre las ediciones del siglo XVII: *Seicento nostro e loro: edizioni di interesse iberistico della Biblioteca Universitaria*, catálogo de Antonella Boiocchi, Giuseppe Mazzocchi, Paolo Pintacuda (Viareggio: Baroni, 2000), y *De Cervantes a Caramuel* sobre los libros ilustrados barrocos (referencia al catálogo en la nota 28).

²⁰ Franco Meregalli, *Presenza della letteratura spagnola in Italia* (Firenze: Sansoni, 1974), p. 17.

²¹ Según los cálculos de Marco Santoro, *Storia del libro italiano*, 2. ed., (Milano: Editrice Bibliografica, 2008), p. 229, no se superaría un escaso uno por ciento del total en el siglo XVII.

²² Varios casos de este fenómeno son los presentados en la sección española de la gran exposición *Sul Tesin piantàro i tuoi laureti: poesia e vita letteraria nella Lombardia spagnola (1535-1706)* (Pavía: Cardano, 2002).

continuación la producción literaria de escritores de segunda o tercera fila, que solo en raras ocasiones la apreciación estética de los siglos venideros se encargaría de rescatar: a este último respecto pienso en las ediciones milanesas de Francisco de Aldana o de Cristóbal de Virués. También en estos casos, sin embargo, es evidente que tratamos una producción técnicamente pobre, salida de tórculos no comerciales de impresores básicamente vinculados al poder político y al religioso, y en dos centros (Milán y Nápoles) que no disponían de una red comercial que permitiese la exportación de libros. La antigua leyenda de las ediciones milanesas del *Lazarillo*, de la Diana de Montemayor, de Lope, de Cervantes como ediciones piratas destinadas al mercado español, ya se quebró ante la indisponibilidad para el libro milanés, como el napolitano, de circular fuera de un radio local.²³ Hay que pensar, pues, en un mercado local hispano-italiano especialmente interesado: en este sentido, no deja de ser importate la periodización. Al estudiar el conjunto de ediciones impresas en español en el Milanesado entre 1535 y 1630, Paolo Pintacuda ha detectado su considerable concentración en las dos primeras décadas de siglo XVII, y supone que respondían a la demanda de españoles residentes; mientras que durante el reinado de Felipe IV unas élites españolizadas necesitaban más bien traducciones, y esto fue lo que les proporcionaron los impresores: “per lo meno a Milano, nelle prime due decadi del Seicento –grosso modo l’epoca di Filippo III- il numero nient’affatto disprezzabile di classici spagnoli in lingua originale e la circostanza per cui spesso escano a breve distanza dalle prime edizioni, lascia pensare che la loro realizzazione sia sentita con una certa urgenza, e diretta a un destinatario quasi esclusivamente spagnolo interessato ad avere, anche lontano dalla madre patria, una letteratura aggiornata [...]. Mentre soltanto in un secondo momento, a far data dai primi anni del regno di Filippo IV, si avverte la necessità di rivolgersi anche a un pubblico diverso, senza dubbio più ampio, attraverso la traduzione italiana”; “Se poi pensiamo a quanto avviene a Venezia, il centro editoriale italiano (e a lungo europeo) più importante, dove -stando a Meregalli- le edizioni in spagnolo sono 71 tra il 1551 e il 1600, ma scendono a 28 nel cinquantennio 1601-1650, la tendenza inversa che si registra in Lombardia viene a testimoniare un più alto grado di ispanizzazione sociale, e la ricaduta (maggiore quanto più ci si inoltra nel Seicento) che il controllo territoriale da parte della corona di Spagna ha anche sulla produzione libraria in castigliano”²⁴. También es interesante observar, para el Milanesado, que si salimos de la capital, y pasamos a un centro como Pavía, el número de las ediciones en español ya reducido de por sí, se aproxima a cero, como no dejan de evidenciar Pintacuda, y la mejor conocedora de la tipografía paviana del siglo XVII: “molto esigue sono nelle edizioni pavesi le tracce della lingua spagnola (in misura maggiore invece presente in manifesti, gride, editti)”²⁵. Tengo que decir, al conocerla menos, que me inclino a considerar de vuelo más alto la producción napolitana, aunque los especialistas aseguran lo contrario.²⁶

Lo que sí hay que evidenciar es que el aludido localismo del sistema editorial de las dos capitales de la Italia española es uno de los factores que explican el escaso intercambio librero entre las dos ciudades: la coincidencia de la potencia “dominante” no favorece ni el desarrollo de iniciativas editoriales combinadas, ni, parece ser, un intercambio especialmente intenso. Una señal más, posiblemente, del desinterés mutuo que dos áreas tan distantes no solo geográficamente, se manifiestan, prefiriendo mantener contactos directos e intensos con la corte española y sus centros de poder, en pro de la defensa de los derechos adquiridos y de la autonomía del gobierno local.²⁷

²³ Anna Giulia Cavagna, ‘Printing and Publishing in XVII Century Lombardy’, *Gutenberg Jahrbuch*, ? (1998), 208-216.

²⁴ Paolo Pintacuda, ‘Sulle edizioni in lingua spagnola stampate nello Stato di Milano (1535-1630): qualche considerazione e un tentativo di repertorio’, en *El corazón de la Monarquía. La Lombardia in età spagnola*, ed. de Giuseppe Mazzocchi (Como-Pavía: Ibis, 2010), pp. 71-108 (pp. 81-82 y 77-78).

²⁵ Carla Mazzoleni, ‘Ancora un’idea di Spagna: le dediche e le occasioni, gli autori e la lingua, un santo spagnolo’, en *Edizioni pavesi del Seicento. Il primo trentennio*, ed. de Elisa Grignani e Carla Mazzoleni (Milano: Cisalpino, 2000) pp. 22-40.

²⁶ Pienso en las comunicacioners presentadas en las jornadas “Lengua española y cultura hispánica en el Reino de Nápoles entre Renacimiento y Barroco: los testimonios de la imprenta (Nápoles, 14-15 de mayo 2012)”, actas en prensa.

²⁷ Véase mi comunicación en las jornadas aludida en la nota anterior.

Aspecto que queda consignado entre los libros de la Biblioteca Universitaria que estudiamos, donde no son especialmente numerosas las ediciones napolitanas.

Aclarado todo esto, no sorprende que la Universitaria de Pavía conserve y documente bien la reducida producción milanesa en español: las publicaciones laudatorias ocasionales que los tipógrafos Malatesta y Bidelli producen, pero también, para poner unos cuantos ejemplos, el tratado de artillería de Collado, cuyos avatares editoriales son emblemáticos del cuadro del libro español en la época;²⁸ o, aún, los hoy poco potables tratados sobre amor platónico de Massimiliano Calvi, o, finalmente, los tratados de jurisperitos españoles con cargos en Pavía o Milán, o la curiosa refundición de la *Jerusalén* del Tasso que realizó Vera y Figueroa, embajador de España en Venecia (1632).²⁹ Pero el dato revelador es que de nuestros impresos del siglo XVI y del siglo XVII, pertenecientes a todas las categorías (incluso las efímeras como las relaciones, y solo excluyendo bandos y leyes, que nuestro catálogo no recoge), los que están escritos en español son solamente 24 y 59 respectivamente, y las milanesas son 17 en el segundo grupo, pero ninguna en el primero.

Por otra parte, y en esto tiene su responsabilidad el coleccionismo decimonónico municipal, la Biblioteca Universitaria documenta como ninguna (aunque de forma no plenamente exhaustiva, como es inevitable) la producción local. Gracias a los trabajos esmerados de Anna Giulia Cavagna para el siglo XVI y de Carla Mazzoleni y Elisa Grignani para el XVII (quienes pudieron aprovechar la valiosa colaboración de Luisa Erba y Oriana Montagna),³⁰ conocemos con todo detalle la historia de la tipografía paviana de los dos siglos que aquí consideramos. Pavía, que después de Milán, es la ciudad más populosa del Ducado, se caracteriza por ser sede de un obispo, y sobre todo de la única universidad del Estado, un aspecto, este último, que marca y marcará la tipografía local.

Queda por perfilar un ámbito importante del estudio de los libros de interés iberístico de la Universitaria, es decir su procedencia. Por lo que ya se ha indicado en su momento, no tienen valor histórico las adquisiciones más tardías, procedentes del mercado anticuario italiano y extranjero durante el siglo XIX, o hasta en época más reciente. Ni lo tienen los libros procedentes de bibliotecas particulares posteriores al siglo XVII, si el objetivo consiste en aprovechar esos documentos que son los libros para reconstruir la historia cultural de la ciudad y de la región en la época española: pienso, por ejemplo, en los libros ya aludidos de Haller (cuyo análisis, por cierto, es inapreciable para reconstruir el perfil del hombre y del científico, y en particular su interés por la ciencia médica pretérita). Una parte importante, como ya se ha indicado, de los libros ibéricos proceden de las bibliotecas religiosas. Al respecto, ya no se cometerá la ingenuidad de pensar que todas las bibliotecas religiosas se equivalían. La importancia y poder de cada casa es distinto, e incluso una muestra limitada como la nuestra nos revela la personalidad distinta de cada orden, reflejando, por ejemplo, el enciclopedismo de la biblioteca del colegio jesuítico,³¹ o la predilección por los santos y la espiritualidad propia que revelan las bibliotecas de carmelitas y cartujos. Lo que también es evidente es la vitalidad de estas bibliotecas, no solo en el siglo XVI, sino también en ese siglo XVII en parte todavía tan maltratado en la percepción colectiva italiana de los no especialistas, debido a la persistencia de prejuicios decimonónicos no superados. El que de la biblioteca de la Cartuja proceda el ejemplar de la *princeps* de 1611 del *Tesoro* de Covarrubias (y junto con esta pieza relevante los comentarios a Aristóteles de los Conimbricenses y la Biblia polígota de

²⁸ El tratado fue publicado en italiano en Venecia en 1586, y tuvo tres reediciones milanesas (la última en 1641) tanto en español como en italiano. *Vid.* Renata Londero, 'Umanesimo militare e illustrazione tecnica nel trattato di artiglieria di Luis Collado', en *De Cervantes a Caramuel. Libri illustrati barocchi della Biblioteca Universitaria di Pavia*, ed. de Giuseppe Mazzocchi y Paolo Pintacuda (Como-Pavía: Ibis, 2009), pp. 45-48.

²⁹ Sobre esta importante figura, y su estrategia diplomática que pasaba a través de la imprenta, han echado por último nueva y definitiva luz Davide Conrieri y Salomé Vuelta, '*Le essequie poetiche* per Lope De Vega: bilancio e proposte', en *Forme e occasioni dell' encomio tra Cinque e Seicento*, ed. de Daniele Boillet y Liliana Grassi (Lucca: Pacini Fazzi, 2012), pp.

³⁰ Anna Giulia Cavagna, *Libri e tipografi a Pavia nel Cinquecento. Note per la storia dell'università e della cultura* (Milano: Cisalpino-Goliardica, 1981); *Edizioni pavesi del Seicento. 1631-1700*, ed. di Luisa Erba, Elisa Grignani, Carla Mazzoleni (Milano: Cisalpino, 2003), además del ya citado *Primo trentennio*.

³¹ Sobre la historia del colegio de Pavía cf. Simona Negruzzo, 'Le stanze del sapere. Università, scuole e collegi nella Pavía del XVII secolo', *Annali di storia pavese*, 28 (2000), 67-75, con abundante bibliografía.

Amberes) viene a demostrar la vigencia que esta fundación viscontea, a la vez el más bello monumento renacentista lombardo, mantiene en el tiempo. Un dato este que, por mucho que nos cieguen las terracotas cuatrocentistas del claustro y las maravillas de la fachada policromada, cuyos relieves aducía Seznec para documentar la recuperación humanística de la mitología clásica,³² también la historia artística del conjunto nos sugiere, ya que tanto en la iglesia como en las partes conventuales comunes abundan los añadidos y arreglos barrocos. Pues bien, esto resalta también en la biblioteca del monasterio, y la consideración de detalle de sus libros viene a confirmarnos su (relativa) españolización: “Anche i monaci certosini, per quanto separati dal mondo, erano figli del loro tempo, e amavano affiancare alle letture più solide e ‘probate’ quelle più vicine alla sensibilità spirituale della loro epoca. Ne è indice anche l’abbondanza di opere di autori spagnoli, per la gran parte in latino, ma talvolta in traduzione italiana o addirittura in spagnolo: lo ‘spagnolismo’ dell’età barocca ha costituito un fenomeno anche nel campo della cultura teologica e la nostra biblioteca ne è il testimone fedele”.³³ Hay otro aspecto que también quisiera evidenciar y los ejemplares de la Universitaria nos ayudan a concretar, o sea la dialéctica, dentro de cada comunidad religiosa, entre los libros de la comunidad y los libros destinados a la celda de cada religioso: una realidad como es sabido, que examinó con lupa la Inquisición (sin conseguir extirpar, ni siquiera en la devota y plácida Lombardía, los legítimos deseos de lectura de los hombres y las mujeres votados a Dios)³⁴, y al cual tal vez los historiadores de la lectura le puedan sacar todavía jugo. Podemos descubrir así lectores “fuertes” como el agustino Filippo Lachini, cuya biblioteca, donada al monasterio al que pertenecía, llegó a ser de acceso público, y ha sido reconstruida parcialmente, a partir de las colecciones de la Universitaria;³⁵ y a su lado a figuras todavía misteriosas, y que precisamente el censo de los libros españoles por primera vez hace aflorar, como el jesuita Luigi Castiglioni (cuya biblioteca fue donada al Colegio jesuítico de Pavía) o fray Lorenzo Fornari (que legó sus libros a los carmelitas de Milán). Lo que no nos confirman las notas de procedencia de los libros es la existencia de españoles que hayan dejado una huella bibliográficamente relevante, ni de intelectuales locales de acentuada orientación hispánica. La misma biblioteca de Lachini, para poner un ejemplo, entre los 154 ejemplares detectados, solo presenta dos en español: un texto sobre el Marquesado de Final impreso en Milán en 1633 y obra de Juan Ruiz de Laguna, magistrado español que ejerció en Pavía,³⁶ y la biografía de García Hurtado de Mendoza de Suárez de Figueroa (Madrid, 1613).

Por otra parte, y como reflexión de cierre, el futuro de los estudios comparados hispano-italianos nos irá revelando una realidad compleja, donde tendremos que dejar la idea de una presencia abrumadora de lo hispánico, aun cuando objetivamente valorada según la enseñanza de Croce.³⁷ Más bien, será interesante ver cómo en un tronco cultural sólidamente italiano se asume, asimila y transforma la propuesta española, a partir de una vitalidad muy alta de la cultura italiana (facetas regionales incluidas). El estudio de los paratextos de los libros italianos traducidos al español es revelador al respecto.³⁸ E importa considerar cómo el planteamiento de estas páginas y la previsión que me permito hacer para el desarrollo de nuestras investigaciones, vienen a coincidir con la línea más recientes y prometedoras de la investigación histórica, donde, para la comprensión

³² Jean Seznec, *La survivance des dieux antiques* (London : Warburg Institute, 1940).

³³ Cesare Repposi-Fabio Besostri, ‘La biblioteca della Certosa: i libri a stampa’, *Annali di storia pavese*, 25 (1997), 203-217 (p. 216). Fue importante y afortunado el hallazgo, entre los manuscritos de la misma Biblioteca Universitaria, del catálogo parcial (mejor, de restos del catálogo original) de la biblioteca de la Cartuja.

³⁴ El especialista en el tema es Danilo Zardin. Vid. por lo menos el espléndido *Donna e religiosa di rara eccellenza : Prospera Corona Bascape, i libri e la cultura nei monasteri milanesi del Cinque e Seicento* (Firenze: Olschki, 1992).

³⁵ Elisa Grignani, *Ad publicam utilitatem. Libri dalla biblioteca del frate agostiniano Filippo Lachini (1660 ca.-1663)* (Como-Pavia: Ibis, 2003).

³⁶ *Edizioni pavesi del Seicento. Il primo trentennio*, p. 349.

³⁷ Pienso, naturalmente, en el revolucionario planteamiento del libro *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, publicado por vez primera en 1913.

³⁸ Giuseppe Mazzocchi, ‘Il paratesto nelle traduzioni letterarie di testi spagnoli (secoli XVI-XVII)’, en *I dintorni del testo. Approcci alle periferie del libro*, ed. de Marco Santoro y Maria Gioia Tavoni (Roma: Edizioni dell’Ateneo, 2005), pp. 393-412.

de la realidad española, ya domina, y con una recaída muy positiva, una visión sistémica del imperio español que, si supera la caricatura romántica del tirano opresor de un pueblo sin dignidad, deja atrás, en cierta medida, la acentuación de la autonomía y especificidad lombarda que se le contrapuso en la segunda mitad del siglo XX (máxime desde la ladera de la historia económica e institucional), para tratar de comprender sin prevenciones ideológicas lo que fue el Milanesado. Hoy esta idea, por cierto seductora, de una Lombardía corazón del imperio, retaguardia de Flandes, que encontraba en su función estratégica la garantía para su autogobierno y, más aún, la imagen de un Milán substancialmente distinto de Nápoles, han dejado el paso a una apreciación más objetiva, donde sobresale, por ejemplo, la vinculación a la corona española y a su funcionamiento de la aristocracia local, y por tanto de su cultura,³⁹ dentro de una realidad imperial que no tenía en ningún terreno el objetivo de llevar las muy dispares áreas que la componían hacia una uniformidad envilecedora de las peculiaridades propias de cada una. Ahora bien, el libro antiguo, y en concreto el que llena los rebosantes anaqueles de la Biblioteca Universitaria de Pavía, en particular en su carácter de biblioteca de bibliotecas, como documento nos aporta datos y sugiere consideraciones que van en la misma línea. Lo cual, dentro de lo que cabe (y no es, aunque lo parece, un alivio para historiadores de cuño idealista) no deja de alegrar, al revelarnos la coherencia de la vida del espíritu en la historia.

Apostilla hispanoamericana- No he tocado en esta presentación el libro hispanoamericano, que, en efecto, brilla por su ausencia en el rico fondo antiguo de la Universitaria de Pavía. La situación, por otra parte, es parecida en la mayoría de las bibliotecas italianas que conozco. Es evidente que las necesidades de información sobre el nuevo mundo, en todos sus aspectos, se satisfacían gracias a libros impresos en Italia, España u otros países europeos; las características de la producción del libro colonial y de su difusión explican, creo, esta situación. Dentro de un cuadro que, como digo, considero generalizado, creo que hay que sentar como excepción importante la de Roma. El carácter universal de la ciudad, la presencia de las congregaciones pontificias con su actividad de control extendida por todo el orbe católico, la presencia de las instituciones centrales de todas las órdenes religiosas, hacen merecedora de interés una investigación centrada en los libros impresos en Hispanoamérica hoy presentes en bibliotecas romanas. Me limito a dar un par de datos. El índice del SBN, consultado pocos días antes de nuestro encuentro boarense, contiene solo 17 libros impresos en Lima en los siglos XVI y XVII, todos con un único ejemplar consignado (no se olvide que para libro antiguo el promedio del índice es, hoy, de 3,5 ejemplares por edición), todos en bibliotecas romanas salvo tres (dos están en Sassari y uno en Viterbo), y en la medida que se sepa en su gran mayoría referibles a ambientes jesuíticos. Las 23 ediciones de Ciudad de México que encontramos en el índice por las mismas fechas presentan un cuadro parecido. Estoy convencido de que la pista es fructífera no sólo para el historiador del libro, sino más en general para el historiador de la cultura.

³⁹ Abren un capítulo nuevo sobre el perfil de la sociedad hispano-lombarda las dos monografías de Davide Maffi: *Il baluardo della corona: guerra, esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca, 1630-1660* (Grassano, Bagno a Ripoli: Le Monnier, 2007) y *La cittadella in armi: esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II, 1660-1700* (Milano: Angeli, 2010).